

no. Luis concedía todo cuanto le pedía la reina y esta en seguida iba á su amiga Diana á derramar á sus piés los dones de la real mano y recibir en pago una sonrisa, un beso.

Las familias nobles veían con envidia y disgusto el favor que alcanzaban los Polignac y los favoritos del Trianon. Se alejaron de la corte, abandonando la —reina del Trianon,— como la llamaban por ironía, á sus amigos privados y á sus villanos entretenimientos, que, según aseguraban, no convenían á la primera nobleza. Entregaron además el rey al imperio de su esposa, que le dominaba, la cual á su vez, gobernaban los Polignac y demás favoritos. Estos y sus amigos ocupaban todos los puestos de honra y de provecho, y á ellos se dirigían los que querían alcanzar algún favor de la corte y aun hasta que se les hiciera justicia.

En torno de los soberanos no había mas que intrigas, cábalas, envidia, hostilidad. A fin de alcanzar influencia y consideración, cada cual se afanaba por ser el primero en el favor de la reina; cada cual murmuraba de su colega á fin de hacerle perder en la estimación de María Antonieta y desalojarle.

Habíanse desvanecido aquellos bellos días de paz y dicha con que había soñado la reina, en su casita campestre. Todavía estaba allí el jardín, el corazón de la feliz aldeana aun no había cambiado; pero aquellos á quienes había entregado este, aquellos que la habían acompañado en sus goces inocentes en la aldea, esos sí que habían cambiado. Habían arrojado la máscara placentera con que habían engañado á la bondadosa y confiada reina. Ya no eran sus amigos, servidores fieles; ahora eran pretendientes, intrigantes, aduladores, que no obraban por amor, sino por puro egoísmo.

Pero no quería creer esto la reina, sino que estaba ciega respecto de sus amigos, los amaba, confiaba en ellos, los creía afectuosos, se sentía feliz en su compañía.

Pero llegó el día en que la reina empezó á ver que esta no era la que gobernaba sino la gobernada, en que vio que no se hacía su voluntad, sino que la tiranizaban los mismos que ella había elevado.

—Me he visto en el caso, decía ella, de tomar parte en los negocios políticos, porque el rey, bueno y sano como es, tiene poca confianza en sí mismo y deja que otros influyan en sus opiniones. De todos modos es mejor que yo sea su confidente y principal consejero, porque sus intereses son los míos y los de mis hijos, ¿quién puede decirle la verdad francamente al rey de Francia mejor que su reina, su esposa, la madre de sus hijos? Y por otra parte, si el rey no es independiente, por su debilidad de carácter, que no sean al menos los que le rijan mis contrarios, mis enemigos.

Por algún tiempo cedió á sus amigos y favoritos que querían estar con la reina bajo el mismo pie que ella estaba con el rey; pero cedió, no por debilidad, como este, sino por puro cariño hacia ellos.

Cedió, por ejemplo, cuando Diana de Polignac, importunada por su cuñado del mismo apellido, y por el caballero Besenval, rogó á la reina nombrase director del tribunal de cuentas al caballero Colonne. Cedió, decimos, y Colonne, el adulador, el cortesano de Polignac, recibió

el importante nombramiento, aunque María Antonieta tuvo sus dudas crueles y no fiaba ni un tantico en el mismo hombre á quien había elevado tan alto. Entre tanto, corría muy válida la opinión que Colonne era uno de los favoritos de la reina; y mientras ésta no le trataba con mas favor que á otros, antes miraba su nombramiento como una calamidad para la Francia, por haberle elevado, se hizo el objeto de la indignación pública.

Un bien positivo, sin embargo, produjo la elevación de Colonne; porque fué la ocasión de la aparición de una multitud de libelos y folletos en que se discutía el estado fiscal de la Francia y con palabras duras y lenguaje de fuego, aunque en tono triste y desesperado, se hacía una pintura fiel de las necesidades y desventuras de la nación. Dió el rey orden estricta al ministro de Policía para que le recogiera y enviara todos esos escritos efímeros. Quería leerlos, descubrir la parte de razón y de verdad que contenían, y, por medio de sus enemigos, que sin duda no le adularían, aprender el arte de gobernar bien á su pueblo. En efecto, ellos le advirtieron que uno de los primeros cuidados de un buen rey era ser frugal, limitando los gastos de su casa.

Por esta vez obró él independientemente, no tomando consejo ni de la reina. Dispuso desde luego poner coto al lujo de la corte y á descuento las grandes pensiones de que disfrutaban los favoritos; y como la caridad bien ordenada principia en casa, para dar una prueba de su decisión, sacó á remate la mitad de sus caballos, abolió la dirección de postas, y rebajó á la mitad los sueldos que se pagaban al aya de los reales niños, y á la dama de honor á madama Isabel, hermana del rey.

¿Y á quienes afectaban principalmente estas economías? A la familia Polignac; porque el duque era director de las caballerizas reales y vice-director el duque de Coigny; además, el primero en jefe del ramo de postas; su esposa, Diana, dama de honor de madama Isabel, y Julia de Polignac aya de los hijos de Francia.

Por supuesto, ninguno de estos quería creer lo que pasaba, todos tenían por imposible, que de un golpe les redujeran sus entradas á la mitad. Los amigos íntimos acudieron al Trianon, para tener una entrevista con la reina, oír de sus labios la promesa de que no permitiría serles defraudada de sus derechos y de que haría revocar el decreto de reducción de sueldos y supresión de empleos.

—Es la voluntad del rey, contestó la reina, que por la primera vez se negó á ceder á sus amigos, y yo me alegro demasiado de que el rey tenga voluntad propia, para osar oponerme. Que él reine. Tales son su deber y su derecho, como es obligación de todo vasallo fiel conformarse á sus mandatos y obedecerle.

—Pero es duro, exclamó el señor Besenval, “es horrible, vivir en un país donde nadie está seguro de que poseerá mañana lo que tiene hoy, como hasta el presente ha sido siempre la práctica en Turquía.”

Tembló la reina y dirigió los ojos atorada, primero al que acababa de hablar, luego á sus demás amigos, y en todos los semblantes leyó el disgusto y el extrañamiento. Por la primera vez cayó la máscara de cortesanos sinceros y de servidores fieles que habían llevado, y pudo

María Antonieta desengañarse de la ilusión en que había vivido hasta allí, pues ya sus ojos no despedían un rayo de afecto, ni en sus labios se asomaba una sonrisa amistosa.

Trató la reina de llevarse la mano al corazón, como si le hubiesen clavado una daga sutil. Ganas tuvo de llorar; pero se contuvo y solo dejó escapar un apagado suspiro.

—No sois vosotros los únicos perdidosos, amigos míos, les dijo ella con suavidad. También pierde el rey, porque es claro, que reduce sus caballerizas, sacrifica sus caballos y sus coches, y, junto con estos, sus buenos servidores. Todos debemos usar economías y reducir nuestros gastos. Pero aun podemos ser buenos amigos y pasar horas muy agradables en goces inocentes aquí en el Trianon. Vamos, amigos, olvidemos los cuidados y pesares. Viva la alegría! Coigny, hace una semana que me debe un juego al billar. Págueme hoy. A la sala de billar, amigos, vamos.

Y la reina, cuyo ánimo no se abatía fácilmente, riendo y triscando, fué por delante de sus amigos hacia la sala de billar. Tomó en la mano derecha su taco, lo blandió en el aire como un cetro y dijo:—Fuera los cuidados...

Y se calló al punto, porque al volver los ojos, advirtió que nadie había obedecido su llamada, si se exceptúa el duque de Coigny, cuyo nombre pronunció cuando hizo la invitación.

Despidieron rayos de cólera los hermosos ojos de la reina.

—¿Cómo! exclamó ¿No han oído mis compañeros la orden de seguirme?

—Si place á V. M., dijo el duque humildemente, quizás las señoras y caballeros recuerdan que según el reglamento de V. M. misma, aquí en Trianon cada cual es dueño de su voluntad y puede hacer lo que guste. Por lo visto observan mejor las leyes que algunos otros.

—Señor duque, repuso la reina suspirando ¿es que también vos me culpáis? También sois vos de los descontentos?

—Y ¿por qué había de estar contento? preguntó el duque con mas entereza. Si me privan del empleo en que he encanecido ¿quiere V. M. que esté contento? No, qué había de estarlo! No, por el contrario, me duele y desespero ver que ya no hay nada seguro, que nada es estable, que no puede uno depender de nadie... ni de la palabra de los reyes.

—Señor duque, gritó María Antonieta encendida en cólera, os propasáis, olvidáis que estais hablando á vuestra reina.

—Señora, repuso él mas alto, aquí en Trianon no hay reina ni vasallos. Así lo ha dicho V. M. misma, y yo me atengo á sus palabras, aunque V. M. no. Juguemos al billar, señora. Estoy á sus órdenes.

Diciendo esto le echó mano con movimiento brusco al taco de la reina. Era un regalo que le había hecho su hermano el emperador José. Estaba formado con la piel de un rinoceronte y adornado con abrazaderas de oro. El rey le miraba con todo respeto, y nadie que la reina se había atrevido á usarlo.

—Dámele, Coigny, dijo ella con vehemencia. Te engañas si crees que ese es tu taco es el mio.

—Señora, gritó él mas colérico todavía, pues la reina le apeaba el tratamiento, si me quitan lo que es mio ¿qué mucho que yo tome lo que no me

pertenece? Parece que esta es la última moda, y me apresuro á seguirla, siquiera no sea por otra cosa, que imitar á V. M. Empecemos.

Temblando de cólera y agitación, cogió dos bolas, las puso en medio de la mesa, y dió un tacazo; pero con tal violencia y falta de tino, que en vez de dar en la bola pegó en la banda del billar, rompiéndose por los tercios.

La reina exhaló una exclamación de indignación, é indicando la puerta con un gesto impetuoso, dijo:

—Coigny, desde hoy te relevo de la obligación de volver al Trianon. Quedas separado.

El duque, todo tembloroso de la cólera, murmurando unas palabras ininteligibles, hizo á la reina una ligera y desmañada reverencia y á paso picado salió de la sala de billar.

Siguió María Antonieta largo rato con la vista, dió un profundo suspiro, recogió los pedazos de su taco y luego se encaminó á su retrete privado, en busca de reposo y soledad. Una vez allí, se desplomó en una silla de brazos y sus lágrimas por tanto tiempo retenidas, empezaron á correr libremente.

—¡Ah! exclamó. Acabarán por destruir cuanto poseo, mi confianza, mi espíritu, mi corazón. No me dejarán sino pesares y desventuras y ninguno de los que se han titulado mis amigos, querrá dividirlas conmigo.

CAPITULO VI.

EL JUICIO.

Se señaló al fin el 31 de agosto de 1786 para verse en pleno Parlamento, la causa formada al cardenal Rohan.

Los amigos y parientes de este no solo habían tenido tiempo y maña de encaminar la opinión pública, sino de inclinar el ánimo de los jueces en favor del preso y prepararlo contra la reina.

Los enemigos de María Antonieta por otra parte, aun los legitimistas, que veían atropellados sus antiguos derechos, para favorecer á la familia Polignac, y á otras de origen oscuro; el partido de los príncipes y princesas, á quien había ofendido siempre María Antonieta, primero porque era Austriaca, en segundo lugar porque monopolizaba el cariño del rey; los agitadores y amigos de la libertad que tronaban en sus conciliábulos secretos contra los males del reino, y sostenían que era un deber sagrado destruir el maleficio que había rodeado el trono hasta allí, mostrando además el pueblo hambriento, que la reina vivía en el lujo y disipación, y era mujer ligera de cascos y voluptuosa,—todos estos, sin ponerse de acuerdo, tendían á desacreditarla y á subsanar al preso.

El juicio había sido la mejor oportunidad que podía presentarse para satisfacer su deseo de venganza y dar suelta á su indignación y su odio. La familia del cardenal, herida en su orgullo por el atropello que se hacía á aquel que era su cabeza, juntamente con sus amigos y paniaguados, pusieron en juego toda suerte de malas artes, á fin de ganar la opinión y con ella á los jueces. Para esto visitaron uno por uno los miembros del Parlamento, hicieron regalos á los que entre ellos manifestaban inclinación á recibirlos, y pagaron á escritores

mercenarios que lanzaron libelos infamatorios contra la reina y toda clase de escritos en que procuraban subsanar la conducta del cardenal y hacerle aparecer como la víctima de su amor y lealtad á la real familia. Todos leían esos folletos, por lo mismo que corrían subrepticamente, de lo cual resultó, que ántes de verse la causa en público, ya la opinión estaba preparada en favor del cardenal y en contra de la reina.

El 31 de agosto de 1786, como ya se ha dicho, se señaló para la vista de la causa. La noche ántes habían trasladado al cardenal de la Bastilla á la cárcel de corte, como ya lo habían hecho con otros presos por el mismo delito.

Desde bien temprano, la plaza en frente de la cárcel, empezó á llenarse de gente, entre la que sobresalían los partidarios del cardenal y de la libertad, como ellos empezaban á llamarse, unos y otros con el siniestro objeto de pescar á rio revuelto.

Entretanto, ya había empezado el gran drama dentro del tribunal. Los miembros del Parlamento, jueces de la causa, en sus hopalandas negras, se hallaban sentados en fila detrás de una mesa de tapete verde; todos con la mirada fija en el cardenal Luis de Rohan, quien, á despecho de su comprometida posición, guardaba la mayor compostura y dignidad. Vestía el traje propio de su rango, pero en vez de la toga color de púrpura, llevaba una de color violeta, como es el uso de los cardenales cuando tienen luto. Sobre esta se puso la esclavina roja, donde se desplegaban todas sus insignias, y las medias del mismo color, con los zapatos de seda y las hebillas de oro, adornadas con piedras preciosas, completaban su rico y brillante traje. Al entrar en la sala, levantó el brazo y echó la bendición á aquellos mismos hombres que iban á juzgarle y tal vez á condenarle. En seguida habló como sigue:

Una parienta suya, madama de Boulainvillier, tres años ántes, le había presentado una jóven y suplicádole la mantuviera y protegiera. Dicha jóven era del mas ilustre linaje, el último descendiente de los primitivos reyes de Francia, de la estirpe de Valois. Se llamaba la condesa Lamotte-Valois, cuyo marido, el conde Lamotte, era subteniente de un regimiento de guarnicion en una ciudad pequeña y su sueldo no era bastante para sostenerlos siquiera con decencia. Natural fué que el cardenal se interesase por la suerte de aquella desgraciada hija de los reyes de Francia, por otra parte hermosa, inteligente y de moda. es muy finos. El la mantuvo por algun tiempo y al fin consiguió que el rey Luis XVI la señalara una pensión de 1,500 francos, en consideracion de su origen y parentesco. Esto conseguido la condesa fué á Versailles para dar las gracias en persona por su favor. A su vuelta á París, en el colmo de la alegría, dijo al cardenal, que no solo la había recibido la reina, sino que se había mostrado con ella muy amable y la indicó que la visitara á menudo.

Desde ese dia, la condesa continuó en menudear sus visitas á Versailles y adquirió mayor mérito á los ojos del cardenal; tan o mas, cuanto que por la relacion que hacia de sus viajes á la corte, aparecía claro que estaba en gran privanza con la reina. Entonces, por

desgracia, se hallaba el cardenal en opuesta posición respecto de la misma augusta persona; quien no se dignaba dirigirle siquiera la palabra jamas. Esto le traía por demas inquieto y apesarado y en vano solicitó entrar en la gracia de su soberana. Confío él sus cuitas á la condesa Lamotte-Valois, y esta, parte por celo amistoso, parte por gratitud, tomó sobre sí la tarea de hablarle por él á la reina.

Algunos dias despues ella le dijo al cardenal que había cumplido su promesa, que con tales palabras había pintado á la reina su pesadumbre por el desvío con que le miraba, que aquella angustiosa persona se había afectado mucho, y dicho á la condesa, que olvidaria todo y perdonaria al cardenal, si este le pedia perdon por escrito de las mortificaciones que le había causado á ella y á su madre Maria Teresa. Por de contado que el cardenal se prestó á ello de la mejor voluntad. Extendió un documento y lo remitió á la condesa, en que pedia perdon por haber aconsejado á la emperatriz Maria Teresa, años atras, cuando Maria Antonietta no era mas que delфина y él embajador Frances en Viena,—reprendiese la altanería y frivolidad de su hija, é hiciera que se enmendase. Hé aquí la única ofensa que él había hecho á la reina, estaba arrepentido de haberla cometido, y humildemente la rogaba le perdonase. Al mismo tiempo le pidió una entrevista, á fin de confirmar de palabra lo que decia por escrito; y á este efecto, algunos dias despues la condesa Lamotte-Valois le entregó un papel, escrito de mano de la reina, respuesta al parecer de su memorial á la misma.

Aquí el presidente del tribunal interrumpió al declarante para preguntarle si conservaba dicho papel.

—Desde que tuve la buena suerte de recibir las, siempre he llevado conmigo las caras y valiosas cartas de la reina. El dia que me prendieron en Versailles las llevaba en el bolsillo del lado de mi casaca. Por dicha mia y desdicha de aquellos que, no bien me metieron en la Bastilla, asaltaron mi palacio, sellaron mis papeles y quemaron los que les desagradaban, esas cartas iban conmigo, de lo contrario hubieran pasado por el mismo auto de fé. Aquí están.

Sacó una cartera, tomó de ella un paquetico y lo depositó en la mesa delante del presidente. Este lo abrió y leyó:

“He recibido el memorial que me dirigis y me alegro en el alma que esteis arrepentido y bien dispuesto; siento, sin embargo, no poder concederos la audiencia que solicitais. No obstante, tan pronto como las circunstancias lo permitan, os lo haré saber, y hasta entonces, silencio.

“MARIA ANTONIETA DE FRANCIA.”

La lectura de esta cartita, produjo un murmullo de admiracion en la sala del tribunal y las miradas de todos se volvieron á fijar en el preso, de manera que hasta el presidente, despues de haber puesto el papel en la mesa, parece que no echó de ver que aquel dignatario de la Iglesia, cardenal, príncipe y limosnero mayor del rey de Francia, se hallaba en pié lo mismo que si fuera un criminal comun.

—Una silla de brazos para el señor cardenal!

gritó y al punto uno de los bedeles trajo una muy cómoda y lujosa.

Se desplomó en ella el príncipe Rohan, dando las gracias á los jueces con una inclinacion de cabeza.

—¿Tiene V. E. la bondad de proseguir? le preguntó el presidente del tribunal tras una breve pausa.

Naturalmente, dicha carta le llenó de la mayor delicia,—prosiguió el cardenal con otra inclinacion de cabeza; tanto mas cuanto que se le prometia una entrevista con S. M. y le había implorado á la condesa hiciese instancia porque se llevara á efecto, pues había notado que no obstante el perdon de la carta, la reina continuaba en tratarle en público con el mayor desden. Un domingo, despues de haber dicho misa á SS. MM., se tomó la libertad de pasar á la sala de audiencia y de dirigirle la palabra á la reina. Ella solo le contestó con una mirada de cólera y desden, volviéndole en seguida la espalda, á tiempo que decia en alta voz á la duquesa de Polignac:—¿Qué desvergüenza! Porque llevan la púrpura se creen estas gentes facultados para todo, se creen iguales á los reyes y tienen la osadía de dirigirlas la palabra.—Palabras tan duras é incisivas naturalmente produjeron profunda herida en el cardenal, y, por la primera vez le entro sospecha, de si serian falsas todas las historias de la condesa, y forjada la carta de la reina, porque le parecia imposible que esta en secreto se mostrase favorable á un hombre que despreciaba en público.

Así se lo dijo á la condesa de Lamotte en su cólera, añadiéndola que tendria como falso todo lo que le había traído de la reina, á menos que, en el mas breve tiempo posible, consiguiese de ella lo que le había pedido con instancia tantas veces, á saber, una audiencia con aquella angustiosa persona. Deseaba esta no solo para convencerse por sí mismo de que Maria Antonietta había cambiado, sino tambien para confirmar la verdad ó la mentira de lo que le había contado la condesa. Rióse esta de su desconfianza y le prometió poner en juego toda su destreza para conseguirle la apetecida entrevista con la reina. Entonces se arrepintió él de las sospechas que había concebido, creyó de nuevo en la sinceridad de dicha señora, y le prometió que como le lograrse la entrevista deseada, en señal de gratitud le regalaria cincuenta mil francos.

Estas palabras arrancaron un rumor de aprobacion y de sorpresa de los espectadores, en que se señalaban las familias de la primera nobleza de Francia y los mas poderosos enemigos de la reina, quienes se aprovechaban de esta ocasion para vengarse de la Austriaca, que se había atrevido á escoger sus amigos y sociedad, no en conformidad á su prosapia, sino de acuerdo con los dictados de su corazón.

No creyó el presidente bastante pronunciada la expresion de aplauso para mandar imponer silencio, se desentendió de ello y preguntó al acusado si la condesa le había al fin concedido la audiencia de la reina.

El cardenal guardó silencio por un momento, se puso pálido, se agitó en la silla, su semblante expresó por lo claro una fuerte lucha interior, en que sin duda había mucho de farsa y de hipocresía, y dijo:

—Si place á este noble tribunal, bajo las sagradas vestiduras que llevo siento que late un corazón de hombre. Es, sin embargo, indigno de un caballero, imperdonable falta, descubrir los secretos de una señora, poner de manifiesto los favores recibidos. Pero tengo que cargar yo con esta culpa, porque debo defender la honra de un sacerdote, de una dignidad de la Iglesia, asimismo porque no debo consentir se mancille la púrpura aun con la sospecha de una mentira ó un acto calumnioso. Quizas... lo temo, tal vez en este negocio yo he sido el engañado; no consentiré, sin embargo, que siquiera se sospeche de que fui el engañador. Así, pues, me veo en la dura necesidad de publicar los secretos de una señora, reina por añadidura.

Le observó en este punto el presidente que su deber primero era decir la verdad, tanto porque lo había jurado, como por respeto á las sagradas vestiduras que vestía, y ante esta idea primordial, era fuerza que acallaran sus escrúpulos; fuera de que como dignidad de la Iglesia le tocaba dar ejemplo de candor y obediencia ciega á los mandatos del tribunal.

—Gracias, señor presidente, dijo el acusado en voz tan trémula y apagada que conmovió hasta las lágrimas á muchas señoras veladas. Gracias. Quitais una pesada losa de mi corazón. La viva luz de vuestra sabiduría me alumbró el camino que me corresponde seguir.

Ahora bien, continuó el presidente roto hasta las cachas por el piro que le soltó el diestro cardenal. Me tomo la libertad de repetir la anterior pregunta:—¿Lloró la condesa Lamotte-Valois que la reina consintiera en ver en secreto á vuestra eminencia?

—Sí, señor; y habiéndose tranquilizado, continuó. Dos dias despues había venido á su casa la condesa muy risueña y animada, pues le traía recado de que se sirviese seguirla á Versailles, en cuyos jardines y en sitio ya fijado, debía efectuarse la entrevista suya con la reina. El, por consejo de su amiga, vistió un traje sencillo de paisano, casaca azul, sombrero redondo y botas aitas. Con toda la delicia que experimentaba, apenas podía él creer que la reina le mostraria marca tan elevada de favor; y entendiendo esto la condesa se echó á reir y le enseñó otra carta, escrita en papel de cantos dorados, dirigida á ella, y firmada como la anterior puesta arriba.—Maria Antonietta de Francia.—En la dicha carta la rogaba la reina tuviese cuidado de advertir al cardenal hablase bajo en la entrevista, porque los árboles tenían oídos y que no saliese de la enramada hasta que la reina diese la señal.

La lectura de esta nueva carta le quitó toda duda al cardenal, quien ya suspiraba porque llegara la hora de la entrevista tan deseada. Llegó en efecto, y el cardenal en compañía de la condesa se encamó á Versailles en un coche de alquiler. Le condujo ella al terrado del palacio, donde habiéndole hecho esconderse tras un grupo de laureles enanos, le dejó allí y fué á informar de ello á la reina, quien acostumbra pasearse todas las tardes en el parque en union del conde y condesa de Artois. De figurarse es la posición del cardenal, en su escondite, acallando los latidos de su corazón, para oír con mas desembarazo cualquier ruido que le anunciase la aproximacion de la reina.